

CAPITULO XXVI

ESPIONAJE Y BAJOS MANEJOS DE JUAREZ.—EL MINISTRO SEWARD.—EL GENERAL LIRZUNDI—DESEMBARCO EN EL PUERTO DE PLATA.—ME TRASLADO A NASSAU.

Mi detencion en la Habana sucitó la vigilancia ó espionaje de los agentes del suspicaz y receloso Juarez, valiéndose de intrigas y malas artes. La ventajosa posicion en que mi tenaz adversario habia logrado colocarse, fenomenalmente le facilitaba perjudicarme, no obstante la distancia que nos separaba.

Dejo escrito que volveria á ocuparme del Ministro de Estado, Mr. Seward, y voy á hacerlo en este lugar. Se le ha visto al diestro diplomático llegar á San Tomas, visitarme luego cortesmente, y en nuestra conversacion manifestar vivos deseos por la espulsion del ejército frances del territorio mexicano, y que yo me encargara de esa operacion; despidiéndose con apretones de mano bien significativos, invitándome á

verlo en Washington. Pues bien, vease tambien cual fue el manejo de ese hombre de Estado.

La visita del Ministro Mr. Sewerd púsome en movimiento.

Impaciente por tomar parte en la espulsion de los invasores de México me dirigí á New York. Dos miras llevé á aquella tierra: equipar una expedicion y recabar del Presidente Juarez la autorizacion correspondiente y las órdenes que tuviera á bien librarme. Desgraciadamente ni una ni otra cosa pude conseguir: Juarez me insultó en su contestacion, superando su hazaña á toda consideracion como va espresado. El Ministro Seward se negó á recibir mi comision, pretestando que estaba en pláticas con el enviado extraordinario del Emperador Napoleon, no le era conveniente recibirla.

No habiendo duda que los franceses desocuparian á México, pasado el invierno que me detuvo, tomé pasage en el vapor «Virginia» para la Habana. Si mi detencion en los Estados Unidos me fue funesta, el viaje de regreso estuvo peor. Anclado el «Virginia» en el puerto de Veracruz, ocupado en cargar, fui asaltado por el Comandante del vapor de guerra de los Estados Unidos «El Taconi» trasladándome al suyo por la fuerza donde pasé una noche. Siguiendo el «Virginia» su derrotero y anclado frente al puerto de Sisal, fuera de sus aguas, fui asaltado otra vez por el Co-

mandante militar de la plaza, quien me forzó á bajar á tierra y me redujo á prision en obediencia de órdenes del Comandante General del Estado, embarcándome en seguida en un pailebot armado para Veracruz á disposicion de don Benito Juarez, autor del atentado cometido.

Prisionero de Juarez y encerrado en una mazmorra de Ulua, el diplomático Mr. Seward con un rasgo de su pluma dió á conocer los sentimientos que lo animaban respecto de mi persona. En un documento oficial asentó sin embozo, que la suerte del prisionero de Sisal no le afectaria cualquiera que fuera; palabras bien significativas en los momentos de estar mi cuello á la voluntad del sanguinario Juarez, que hieren de un modo brutal á la humanidad, halagatorias solamente á Juarez, con quien estaba en perfecto acuerdo, desde el negocio de los bonos conocidos en New York con el nombre de Carvajal.

La desgracia que pesaba sobre mi en esos dias, me detuvo en la Habana, cuya circunstancia proporcionó á Seward emplear su influjo para continuar lisonjeando á Juarez. Por medio de su Cónsul consiguió que el General don Francisco Lirzundi, abusando de su poder, me espulsara como lo solicitaba Juarez. Tanto asi fue el comportamiento del hombre que se acomidió á interrumpirme en mi tranquilidad de San Tomas invitándome á pasar á los Estados Unidos, viaje que

efectué y que deploraré mientras vivan los perjuicios que me produjo sin haber obtenido mas que asombrosos desengaños.

Obligado por el déspota Lirzundi á embarcarme en el vapor que viajaba por las islas de Santo Domingo, Puerto Rico y San Tomas, me propuse desembarcar en el primer puerto que tocara, como lo verifiqué en el puerto de Plata donde residí catorce meses

Deseoso de tranquilidad y seguridad, me trasladé á esta ciudad de Nassau, donde he conseguido lo que deseaba, pues he pasado cuatro años bastante contento por la generosa hospitalidad que he encontrado, y desearia terminar aqui mis últimos dias entre tan simpáticos habitantes si obligaciones de familia no me empujasen al suelo patrio.

Favorecido por la versatil fortuna cuando estaba en edad potente el presente era mio y el porvenir lo ambicionaba; mas no para mi, lo queria con irresistible anhelo para mi patria, la que constantemente fija en mi memoria, me entusiasmaba y hacíame arrostrar peligros, vencer dificultades y trabajar sin tregua para su engrandecimiento y venturosa suerte. Si mis trabajos no correspondieron á perfeccionar la obra, fue porque á los mismos mortales no les es permitido mas que el bosquejo: la perfectibilidad pertenece á Dios. Las huellas que mis pasos han dejado no

demuestran claramente su direccion á la suspirada cima?

El relato que someramente dejo hecho en mi historia militar y política, revela bien que no la vanidad de sostener grandezas me ha movido á tomar la pluma; estoy distante de incurrir en esa puerilidad; únicamente la he tomado para defender mi honra atacada maligna y ecsageradamente por la calumnia. Al cerrar mis ojos para siempre quiero ser juzgado como he sido y no al querer de mis antagonistas; pues siempre he preferido el título de honrado y patriota. Lo demas que no pertenece á mi persona lo he dejado al entendido y concienzudo lector que debe haberme comprendido y hará la computacion y ecsamen de todo; por mi parte cúbrola con el velo del rubor de mi acendrado patriotismo por honor al nombre mexicano.

A grandes rasgos he escrito las incorrectas páginas de mi dicha historia sin otros elementos ni mas ayuda que mi trabajada memoria; porque los datos que pudieran haberme servido para una escrupulosa redaccion, fueron incendiados con mi casa de Manga de Clavo por los soldados de los Estados Unidos el año 1847 en venganza de que combatia la invasion y otros apuntes que llevaba conmigo quedaron en New York entre el equipaje que me robaron. Por esto es que suspendo escribir y coleccionar mi mencionada historia que

hoy tan imperfectamente termino en esta mansion tranquila.

Unos cuantos dias fuí interrumpido por mi constante perseguidor el indígena Juarez, que con siniestra mira escribió mi nombre entre los que él llamaba infidentes ó sostenedores de la intervencion y del imperio con el hipócrita pretesto de no comprenderme en la amnistia espedida por el Congreso nacional en favor de los que incurrieron en esa falta; cuyo hecho de mi enemigo llegó á mi noticia por algunos de mis amigos de México, que me felicitaron por mi pronto regreso á la patria.

Comprendiendo la idea maligna de Juarez, fuéme preciso nulificarla y al efecto escribí luego una protesta que imprimí y circulé, cuyo contenido original sigue á continuacion.

PROTESTA.

«Antonio Lopez de Santa-Anna, General de division: B. nemérito de la Patria, Expresidente de la República mexicana: Gran Maestre de la nacional y distinguida orden de Guadalupe; Gran Cruz de la de Carlos III de España y de la igual clase del Aguila Roja de Prusia; Condecorado con placas y cruces honoríficas por acciones de guerra, &.^a &.^a &.^a»

«En la triste pero tranquila isla «Nueva Providencia;» aqui adonde las enfurecidas pasiones de

un partido opresor no pueden alcanzarme y en donde espero con serena conciencia y firme fe el restablecimiento del orden y la justicia en mi desventurada patria para volver á su seno, viene á sorprenderme la nueva de haber publicado el gobernante de México una amnistia general por delitos políticos, en la que me incluye indebidamente, para hacer figurar mi nombre en la lista de los llamados infidentes.

«¿Con que derecho ese sátrapa me ha incluido en la referida amnistia? ¿cuando he sido traidor de mi patria? ¿cuando la he ofendido ni de pensamiento? ¿quien se lo ha dicho? ¿en que se funda? ¿por que ese hombre sin conciencia me califica de infidente? . . . ¡infidente! palabra vaga y sin valor en su boca: palabra de que se vale para alucinar á la hez del pueblo, único apoyo con que cuenta en su agonía.

«Por mi patria he perdido un miembro importante de mi cuerpo, luchando contra invasores estrangeros: su fertil y hermoso suelo he regado con mi sudor y mi sangre, vigorizándolo al mismo tiempo con equitativas leyes; y sosteniéndolo incólume con un brillante ejército— hechura enteramente mia—digno de haber figurado en la nacion mas culta del mundo civilizado. El nombre de Santa-Anna oíase siempre cuando la patria se hallaba en peligro. . . .

«Mi voz entonces se confundia con el estruen-

do de los cañones: allí donde teníase que arros-
trar la muerte para salvarla allí estaba yo. . . .
Mi patria siempre ha sido mi idolo; y sus solda-
dos mis hermanos. . . . ¡y ese mandarin sin an-
tecedentes me califica de infidente! . . . ¡infiden-
tel ¡Yo el caudillo decano de la República, que
tuve la modestia sacrificando mi dignidad y amor
propio de escribirle desde New York [cuando allá
por las fronteras del norte se hallaba fugitivo],
ofreciéndole mi espada para sacudir el yugo de
los franceses, esponiéndome al grosero desaire
que recibí! Desaire que debia yo haber previsto
conociendo al individuo.

«Empero, por mas que me llame infidente ese
individuo revoltoso [de cuyo pretesto se ha vali-
do para vender mis valiosos bienes á un vil pre-
cio, dejándome sin pan ni albergue, despues de
haberme privado de mis sueldos, ganados con
tantos sacrificios en el último tercio de mi vida y
mutilado]; todos los hombres honrados de mi na-
cion saben muy bien á que atenerse sobre este
particular.

«Este rasgo de la característica hipocresia de
Benito Juarez, me impulsa pues, á protestar enér-
gicamente, como lo hago, en la parte que me co-
rresponde y á la faz del mundo pensador, contra
el falaz indulto con que intenta humillarme.

«Si; de ese Juarez, símbolo de crueldad, cu-
yos servicios y hechos con caracteres de sangre

se hallan marcados, para vergüenza nuestra, en las ruinas de nuestros sagrados templos y en la bárbara y horrenda hecatombe del cerro de las Campanas en Querétaro. . . . de ese Juárez que como los gusanos roedores, ha ido constantemente, bajo pretextos utópicos de libertad, aserrando los puntales que sostienen nuestro fragil y vacilante edificio social y barrenando la firme roca de nuestras creencias religiosas.

«De ese Juárez, en cuya mano derecha jamás se vió brillar la espada del caballero ni la del soldado para defender á su patria; pero si la pluma del buitres para decretar proscripciones, sequestraciones de bienes y asesinatos.

«De ese Juárez, que me hizo sufrir una horrosa prision en las mazmorras del castillo de Ulua, á consecuencia de la pirática captura que hizo de mi persona su digno subordinado gobernador de Sisal, estrayéndome de un estrangero buque de pasajeros, atropellando los derechos internacional y de gentes. Si no mandó asesinar me entonces para saciar su infernal zaña, no fue por falta de voluntad, ni menos por remordimiento de su villana accion, [ordenando se me encausase como traidor; de cuyo lazo salí á pesar suyo, honrosamente]; fue, lo diré de una vez, por sobra de cobardía como sucede á todo tiranuelo cuando al traves de sus crímenes entrevé la flamígera espada de la inexcusable justicia.

«Finalmente, de ese Juárez que, cual la boa constrictora del Senegal que rodea y comprime su victima hasta consumirla, tiene al infeliz México en estado de aniquilamiento doloroso. . . .

«¡Ah! ¿Y ese es el prohombre que se atreve tan cínicamente á incluir en dicho indulto á un procer de su nacion; al que consolidó la independencia en las riberas del Pánuco tan gloriosamente; al que en Veracruz rechazó é hizo reembarcar á los franceses, perdiendo en la memorable jornada su pierna izquierda; al que se batió con constancia en los campos de la Angostura, Cerro Gordo y Valle de México improvisando ejércitos? ¡Irrision! ¡horrible sarcasmo! ¡atras el miserable! Su perdon lo desprecio, prefiero mil veces la muerte á bajar mi encanecida cabeza al VERDUGO de mi patria.

«No es el proceder noble y humanitario de los filantrópicos y dignos representantes de mi nacion que impugno en esta protesta. No ¡vive Dios! mi corazon reboza de contento al ver que ecsisten en mi pais hombres de elevados sentimientos que han sabido domeñar á la fiera, obligándole á firmar con su ensangrentada y sacrilega mano una ley que hubiera con feroz alegría destrozado con sus dientes.

«Lejos, muy lejos de mis hidalgos sentimientos está de zaherir ni rechazar la obra de conciliacion de la Honorable Cámara de Diputados que

acaba de abrir las puertas de la patria á un número considerable de proscriptos ciudadanos á quienes lógicamente hablando el epíteto de infidentes ó llámense [traidores segun Juarez], es capciosamente aplicado. ¡Salud á los nobles representantes del pueblo mexicano! Reciban [ellos solos] esta espontánea manifestacion mia como una prenda de mi buena fe, y como una prueba de mi satisfaccion.

«Mi pecho estallaba de justa indignacion; y tiempo era ya que rompiese un silencio que pudiera dar pábulo á equívocas interpretaciones. Mis apóstrofes y recriminaciones se dirigen única y exclusivamente contra el malvado Juarez; ese indio oscuro [que fenomenalmente rige los destinos de mi nacion para rubor nuestro y oprobio de la humanidad] que pretende empañar mi patriotismo y servicios de toda mi vida.

«¿Dónde ecsistia, donde se hallaba ese miserable cuando yo conquistaba la independencía de México, fundando despues con mi espada en las ardientes playas de Veracruz la República, de la que tan celoso guardian ostenta hoy ser? ¿Dónde, dónde estaba, cuando hollados nuestros derechos por los invasores franceses en 1838, en aquella ciudad la metralla de Baudin hacia derramar la sangre mexicana mezclada abundantemente con la mia?

«Estaba, como la hiena en su hediondo reti-

ro, esperando la destruccion de los caudillos para aprovecharse despues de sus despojos como lo ha hecho últimamente.

Repito hasta con náuseas: ¡atras! ¡atras el monstruo!

Nassau, 23 de Noviembre de 1870.—Antonio L. de Santa-Anna.»